

LAS AVENTURAS DE MARQUITOS, TININ, LITRI, TUTO Y NINO.

Eran estos unos repaces vivarechos; la vida les había enseñado a serlo. En casa le mejor enseñanza que tenían era el "mosquilón" cuando no hacían lo mandado; y en la escuela no le enseñaban las letras ni a reglazo limpio.

Pero en el verano no había escuela y las tardes eran largas para poder divertirse. Marquitos, cuando acababa de comer, decía que iba a dormir la siesta. Con mucho sigilo saltaba por una ventana de la galería al tejado del corral, llegaba al corredor donde estaban la "llestra" y el pajar, bajaba por unas escaleras de mano, salía por las puertas grandes y ...vive la libertad. Para él era un fastidio que le mandasen quitar hierbas en las tierras. Marquitos salía por "El Marco" en dirección a la Cerralle. Al otro lado del río, solía ver a Tinín. Este seguía más abajo para cruzar el río por encima de la presa de La Isla hacia este lado, donde siempre se encontraban con Litri, Tuto y Nino. El primer encuentro siempre se celebraba con un baño "en pelotas"; tenían siempre presente la digestión, pero decían que ya había pasado una hora. Desde el cemo se tiraban en todas las posiciones : de cabeza, de pie, de barriga, de "bomba"; y nadaban a estilo perro o ratón; es decir, con la cara debajo del agua. Una vez Marquitos, nadando a ratón, fue donde le cubría y cuando quiso hacer pie se hundió. Rápidamente se puso a flote y, nadando todo desesperado a ratón, se fue a zona segura.

La mayoría de los días llevaban las cañas para pescar barbos y mermejuelas; los cangrejos los pescaban a mano en las covachas y con ladrillos. Pobre del foretero que venía a pescar cangrejos; sus reteles corrían peligro. Un día Tuto y Litri robaron cinco "reteles" tras la casa de Roque, los metieron en un saco, marcharon hacia abajo, cruzaron el río quitando las zapatillas y pasaron a La Veiga. Allí se encontraron con otro foretero que les dijo :

—Aquí no pongáis los reteles ¿eh? Que estoy yo.

—No, no —respondieron ellos.

Y con el miedo metido en el cuerpo prosiguieron el camino más apurados si cabe.

En otra ocasión, Tinín tuvo muy mala fortuna. Robó rateles y se fue donde estaba Nando, un chicarrón del barrio de los pobres (de donde eran la mayoría). Le contó lo acaecido, cuando en esto llegó el hurtado cangrejero profiriendo toda clase de gritos :

—¿Dónde están los rateles?

Asió a Tinín por un brazo zarandeándolo. Este se deshacía en un lestimero :

—¡Ay, ay, ay! Yo no los robé.

—Cómo que no. ¿Dónde están? ¡Que te vi!

—¡Ay, ay, ay! Están ahí —dijo señalando un asco entre unas matas de aliso.

—¡No te mato de milagro! —profirió el furibundo pescador cogiendo los rateles.

A veces, cuando estaban en lo más divertido, aparecía el padre de Tuto y Nino dando voces :

—¡Vengalla llevar las vacas a pacer!

—Yo no voy —decía uno.

—Siempre me toca a mí —decía el otro.

Y se enzarzaban en una serie de insultos que se entrelazaban con los que dedecaban a su padre. Al final se llevaban las vacas a "aguarentar" a las Bejuras.

En una ocasión, habían hecho una copa con una remolecha que cogieron en una tierra cercana. Estaban despistados tomando el sol y la vaca se zampó la copa. Otra vez, cuando se dieron cuenta, la vaca estaba comiendo la ropa de Nino; agarró Tuto el extremo de la prenda y la vaca que no soltaba. "¡Vaca, puta!", grita una y otra vez. Por fin soltó la ropa y todo quedó en eso.

El nadar se repetía a lo largo de toda la tarde tres o cuatro veces y ponían la ropa sin secarse ni nada. Le consigne para acabar el baño era : "El último nadatón de Cristo. Cojo la ropa y me visto".

Y para darse prisa al vestirse: "Al último que se vista estirones de picha".

Marquitos estuvo unos días en cama a cause de una insolación y juraba que no volvería a nadar. Eso los primeros días, después igual que antes.

Una temporada se tomó por costumbre los domingos después de misa correr desenfadadamente para ir a nadar al pozo Cazeto. Un día, la madre de Marquitos le cogió la ropa y le dijo:

—¡Venga! ¡Delante de mí pa casa!

El pobre Marquitos, tepando con las manos las partes pudendas, se desgañitaba diciendo:

—¡Que noooo!

Desde ese día se quitó la costumbre.

Subir a los árboles era costumbre habitual. Se subían a una rama y se colgaban hasta ponerla en posición horizontal apoyándose con los pies en otra rama inferior. Un día, Tinín, al bajar de una palera, se le rompió el pantalón en la entrepierna y, el ser corto, se le quedó en minifalda. La cercejada y el cachondeo que se formaron se puede imaginar.

Litri era un experto pescador con la ceña. Ponía el cebo con miga de pan que apretándole parecía masa. En cierta ocasión, Tuto iba con la azada al hombro a coger melucas, cuando el padre de Litri le preguntó:

—¿Dónde vas?

El no contestó. El padre de Litri le dice:

—Pero, ¿cómo que le puede hacer falta a tu padre?

—No le hace no, que fue a scarrear menojos.

—Pues por eso le hace falta si se atrencia.

Tuto no le hizo caso y siguió buscando melucas.

A las frutales les traían en el aire, sobre todo Tuto. A veces cogían la fruta "roya". Las cabezas de "mirasoles" eran piezas codiciadas. En primavera se pirreaban por las silencijas; unos bulbos sil-

vestres que se sacaban con un palillo. En el verano comían las hojas de "azaderas" con su sabor agrio. En una ocasión, Tuto, Nino y Marquitos asaltaron un huerto de noche para coger manzanas. Vino el dueño y dice :

—¿Quién ends por ahí?

Todos salieron de estampida; pero el pobre de Marquitos, que estaba en la tapia, se tiró para adentro y salió por un trozo de pared derribado. Así perdió tiempo y lo cogió el dueño. Marquitos empezó a quejarse lastimeramente y así se libró de una buena "tundia".

—¿Quién más estaba?

—Tuto, Litri y Nino.

Lo soltó y Marquitos marchó como elma que lleva el diablo.

Con la llegada de la era de las habas terminaban las endanzas al tener que volver a la escuela; pero tendrían sus aventuras nocturnas en las oscuras noches invernales. Pero éstas quedarán para mejor ocasión.

Todevís nos queda una última aventura. Iba el hermano mayor de Marquitos con la carreta a por peaje a Las Llamacinas. Llevaba a Marquitos y mandó que monterasen a Nino y a Tinín. Llegando a dicho lugar el hermano de Marquitos mandó a Tinín y a Nino que echaran un boxeo. Comenzaron los emagos y las protecciones, cuando de pronto Nino soltó un zurdazo que dio con Tinín en un tendal de habas quejándose a más no poder. Muchas veces le recordaba Nino a Marquitos la inolvidable hezeña.

Honorino J. Martínez.

